

## HORA CERO

Si, como debiera ser, lleváramos cara a la propia conveniencia especulativa una estadística de nuestra meteorología, nadie duda de que las anotaciones correspondientes al pulso invernal del presente año pasarían a la historia como un hecho insólito, ya que de existir precedentes, hállanse en todo caso perdidos y confusos en el olvido de su propia lejanía.

Pese a las catilinarias que al frío llevamos dedicadas en el transcurso de unas ya largas semanas, hemos de volver hoy a la carga porque, aun y que nos sobran temas para llenar los espacios de estas páginas, el frío y el mal tiempo han seguido constituyendo hasta hace muy pocas [horas las notas más principales de nuestra actualidad.

Todos estamos hastiados de este invierno en el que el frío nos cubre hasta la misma coronilla. Pero es que aparte de la simple anécdota de los resfriados y las cañerías, existe la triste calamidad de nuestros campos, la consecuente preocupación para el alimento del ganado y también, en parte muy importante, la paralización de nuestras obras.

Los árboles frutales han perdido su fruto y en los casos que, como la naranja, han podido en parte salvarlo, queda el fruto sin jugo y en muchos casos los árboles tardarán unos cinco años en volver a producirlo. El panorama, pues, no puede ser más triste ni deplorable.

Ojalá sea ésta la última semana que tengamos de ocuparnos de esas olas siberianas de las que incluso hemos perdido ya la cuenta. Y que el sol vuelva pronto con sus fuegos de gran señor.

# ANCORA

San Feliu de Guixols 1 de Marzo de 1956 Núm. 423 Año IX

HECHO SINTOMA

## Y LAS TRES P P P

No se va a ofender, creo yo, mi amigo J. V. A. si a sus tres M M M de su acertado artículo en ANCORA añadido por mi cuenta tres pes, que bien pudieran ser las iniciales de la expresión de otros conceptos pero que al albur me han sugerido los siguientes:

La P de *pelota*.— He aquí una p que anda a patadas. Se la encuentra por todas partes. En el bar, en la fábrica, en el hogar y en la calle. Extiende su poder fascinador en todas las clases sociales y en todas las edades y sexos. Cuando pequeños nos la traen un buen día los Reyes Magos junto a los zapatitos de la ventana, y desde aquel momento ya no podremos separarnos más de ella. Rodará impulsada por nuestros pies en el patio de la escuela, en la playa del barrio, e incluso, más de una vez en el ámbito de la cocina con peligro de toda la vajilla. Más tarde seguirá rompiéndonos los zapatos en el equipo infantil del club local, y allí decidirá nuestro porvenir. Si la suerte nos favorece quizá lleguemos gracias a ella a conseguir con el tiempo un fichaje de privilegio. Aunque esto es muy difícil. Lo más probable es que de los pies nos suba a la cabeza y se quede allí hasta el fin de nuestros días. ¡De Kubalas salen tan pocos! Pero de kubalistas, ¡vaya si salen! Y a esto seguramente nos conformaremos. Dejaremos la pelota para los grandes ases y los grandes partidos, y nos convertiremos en entusiastas defensores de un *once* de fama, nos haremos quinielistas y leeremos semanalmente una revista deportiva.

A todo esto y nada más quedará reducida la brillante carrera deportiva soñada a raíz de aquella primera pelota con que nos obsequiaron los Reyes Magos.

Una P que se las trae, ¿verdad?

La P de *peseta*.— Esta sí que nos trae de cabeza: No podemos prescindir de ella en ningún momento. La necesitamos para comer, vestir, divertirnos.... Tan agobiante es su presencia en nuestra vida que, incluso en los reveses económicos, o sea cuando está más alejada de nosotros, es cuando pensamos más en ella. Además hace que los demás (acreedores) piensen en nosotros. Es tiránica, despótica, y si no le ofrecemos un poco de resistencia, nos convierte en míseros muñecos.

A veces tiene el capricho de acudir a nuestra llamada ataviada de quiniela o de «lo to-

ma o lo deja». Pero esto ocurre muy raras veces. Lo corriente es que se aleje de la intimidad de nuestro bolsillo en vertiginosa evasión. Al compás de un pasodoble o de una marcha fúnebre: Igual le da. Cualquiera música le place pora abandonarnos, si así le cuadra.

Es nuestra ilusión y nuestro maleficio. Siempre, empero, el motivo de nuestras inquietudes. Es inútil que queramos rehuirla y desdeñarla. Al darse ella cuenta, se alía en cualquier de nuestros enemigos en acecho, como por ejemplo una fuerte jaqueca o un dolor de muelas, y mal que nos pese tenemos que solicitarla para que nos acompañe a casa del boticario. Es una P muy poderosa.

¿Solución? Ninguna. Es esa una P que no nos deja en paz ni en la pobreza. ¡Vaya P!

La P de *peluquería*.— Esa se ha inclinado de muchos años acá hacia el sexo femenino. Cuando los caballeros llevaban barba y bigote hacían mucho uso de ella para tener siempre el rostro bien dispuesto y hacer más pareja con los monumentales moños que en aquel entonces las damas lucían. Pero desde que los adanes se afeitan y las evas se ondu lan, la p de peluquería tiene mucho más que hacer en la cabeza de ellas. Tanto es así, que se ha visto obligada a recurrir a la mecánica inventando un sin fin de aparatos de tortura, que, por lo demás, ellas soportan con estoica resignación. Además tiene actualmente la peluquería femenina muchas labores complementarias que han elevado enormemente su rango: depilación, manicura, maquillaje, etc.

¡Qué lejos están los tiempos en que un simple escarpidor y unas cuantas horquillas les bastaban a nuestras abuelas para componerse un tocado digno de un salón versallésco! Cuanto más recurrirían a una hábil artesana del peinado que sin salir de casa y sólo con sus hábiles manos les dejaba una cabeza modélica. Ahora las sufridas señoras tienen que incluir en su programa de preocupaciones la hora de la peluquería. Hora que muchas veces se convierte en media jornada por las múltiples manipulaciones que su aderezo requiere. En este aspecto, hay que reconocerlo, son unas auténticas esclavas.

La P de peluquería es, pues, para las señoras, la que más pesa de todas las pes.

Xavier